

[RESEÑA]

Joseph Ramos*Creer o no creer**El misterio de Dios a la luz de la razón*

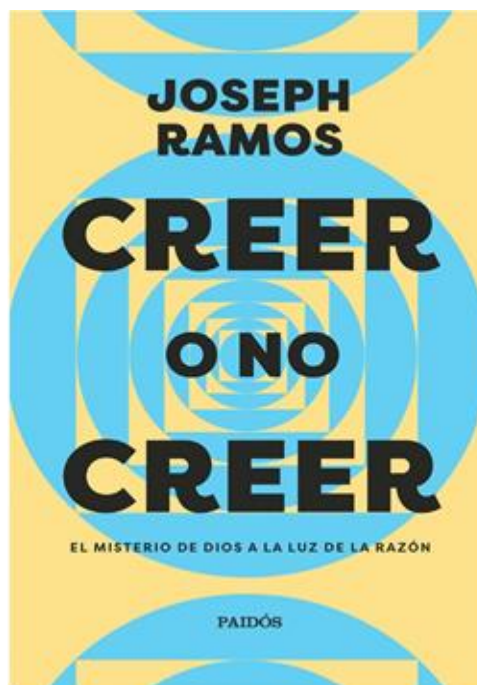
Santiago: Paidós (mayo de 2022, 223 páginas)

Ricardo López Pérez

Doctor en Filosofía

Universidad de Chile

Email de contacto: rilopez@uchile.cl



Es fácil derribar a un “hombre de paja”. Sin mucho esfuerzo es posible refutar un planteamiento que intencionadamente ha sido desfigurado. Por ejemplo, quitándole coherencia lógica, reduciendo su rigor conceptual, recortando su contenido o presentándolo sin sutileza intelectual. Antes de ser convertida en una figura retórica, con alguna presencia actual en la literatura anglosajona (*straw man*), según parece, fue Martín Lutero el primero en recurrir a esta metáfora. Con ella hacía notar que sus críticos estaban lejos de refutarlo, porque sólo se referían a un “hombre de paja”, una caricatura sin

respetabilidad. Por cierto, les reprocha que ataquen algo que él jamás escribió, eludiendo de paso las responsabilidades de una confrontación genuina.

Disminuir al adversario, traduciéndolo a términos que lo vuelven frágil, inconsistente o espurio, es deshonesto intelectualmente. Algo de esto hace el autor de este libro, reconocido economista y según propia confesión “un lego algo instruido en filosofía y ciencia” (pág. 14).

Con un título y subtítulo de perfil muy académico, que sugieren apertura y reflexión, el autor se propone más bien cumplir un objetivo polémico, desarrollar un combate retórico: “Lo más serio, a mi modo de ver, es que la existencia misma de Dios -el fundamento de toda religión- está bajo cuestionamiento: con los ‘nuevos ateos’ el ateísmo ha salido de las aulas para ‘evangelizar’ al público en general. A este cuestionamiento se refiere este libro” (pág. 13). Como si las demostraciones a lo largo de los siglos de Plotino, Anselmo, Tomás, Descartes (y otros tantos), no fuesen ya bastante, se propone demostrar la existencia de Dios, y sepultar con ello las pretensiones ateas: “...presentaré argumentos positivos a favor de la existencia de Dios, espíritu por excelencia” (pág. 91).

No es su primer intento. Durante el año 2018, en colaboración con Sergio Micco, publicó dos artículos en la *Revista Mensaje* destinados a refutar el “nuevo ateísmo” (Nº 666 y 667). En esa ocasión, como en este libro, el ateísmo es rebajado, reducido y a ratos caricaturizado, mediante una prosa que tiende al dogmatismo.

Conforme a valores que tienen ya larga tradición, nadie está obligado a “creer o no creer”, se trate de Dios o del Demonio, del cielo o del infierno. La diversidad está consagrada, y, más aún, en una sociedad madura es completamente aconsejable hacer visibles las diferencias con el fin de provocar algún tipo de intercambio: conversación, debate o diálogo. Sin embargo, esos mismos valores asociados a la libertad de conciencia y a la igualdad de palabra, nos obligan a una honestidad básica, de lo contrario el esfuerzo es inútil. En un intercambio crítico importa decir, pero también escuchar y leer con atención.

Contraoponer teísmo y ateísmo, y todavía agnosticismo, deísmo, politeísmo, panteísmo, henoteísmo, si fuese el caso, significa entrar en un campo temático que en conjunto es extenso, variado y complejo. En estos términos, ningún reduccionismo aporta demasiado. Si se trata de aclarar y no de encubrir, es obligatorio considerar al menos mínimamente la genealogía y los significados comprometidos.

El ateísmo es un protagonista central de este texto, pero reducido casi exclusivamente a los “nuevos ateos”. ¿Qué significa ateísmo? En un intento intelectualmente motivado, propuesto como una simple aproximación preliminar, el ateísmo equivale a una noción amplia que designa una posición intelectual, al mismo tiempo una situación existencial y una opción de conciencia, constituida a partir de negar la existencia de Dios o los Dioses. Por tanto, ser ateo (*a-theos*) significa “ser sin Dios”. Un posicionamiento profano, inmanente, secularizado, que por extensión implica una duda respecto a cualquier poder sobrenatural. Una negación radical, con frecuencia razonada y argumentada, entrelazada con otras dos: se niega cualquier forma de

trascendencia, y, precisamente por ello, se niegan también las expresiones más grandiosas del dualismo (alma-cuerpo, sagrado-profano, cielo-infierno, entre otras).

Teniendo en cuenta la fuerte tradición teísta Occidental, en su sentido más fuerte el ateísmo es la expresión de una resuelta libertad intelectual y autonomía personal. Un ateo es quien opta por afrontar las exigencias de la vida a partir de sus propios recursos de pensamiento.

Dado estos antecedentes: ¿Es necesariamente una designación infamante? ¿Estamos en presencia de personas imperfectas, poco confiables, amorales? ¿Es un posicionamiento puramente negativo? Definitivamente no. En cuestiones de carácter ético o moral, creer en Dios o negar su existencia, no cambia nada en lo fundamental.

Esto ha sido reconocido de muchas maneras y durante mucho tiempo. Consideremos al ateo Barón de Holbach, que decía: “Dejemos que los hombres piensen como quieran con tal de que actúen de un modo apropiado a unos seres destinados a vivir en sociedad. Que cada cual especule a su manera con tal de que sus fantasías no le lleven a hacer daño a los demás” (*Cartas a Eugenia*. Pamplona: Laetoli. 2011: 194); y al teísta Miguel de Unamuno que afirmaba: “No me cansaré de repetir que lo que más nos une a los hombres unos con otros son nuestras discordias. Y lo que más une a cada uno consigo mismo, lo que hace la unidad de nuestra vida, son nuestras discordias íntimas” (*La agonía del cristianismo*. Madrid: Alianza, 2013: 36).

Pero no es esto lo que piensa Joseph Ramos. Según su opinión los ateos tienen una falla estructural: “Si tengo razón, el no creyente no sabe lo que se está perdiendo” (pág. 20). Construyen sus vidas sobre una falsedad: “Que mayor tragedia que la de construir una vida sobre la base de una falsa visión de lo que realmente es” (pág. 24). Necesitan aprender de quienes tienen la razón: “Presentaré argumentos que muestran deficiencias, mortales en mi opinión, de la cosmovisión atea” (pág. 45). De lo contrario permanecerán en la mentira y la falsedad: “La hipótesis atea enfrenta dificultades que, a mi modo de ver, son insuperables” (pág. 113).

Para ser justos, también esto ocurre en sentido inverso. Esto es, los creyentes serían los equivocados, incapaces de reconocer las enseñanzas de la ciencia, apegados a supersticiones sin fundamento. Entre ellos se cuentan, en efecto, los llamados “nuevos ateos” (Sam Harris, Christopher Hitchens, Richard Dawkins y Daniel Dennett), quienes, al margen de su categoría intelectual, practican a ratos un ateísmo militante. Sin embargo, inversamente, basta leer a autores como Michel Onfray o André Comte-Sponville para encontrar un ateísmo reflexivo, tranquilo, y con especial énfasis en la construcción de una espiritualidad laica.

Por esta razón es prudente tener presente el modo como aparece y evoluciona el ateísmo, atender a una mínima genealogía. Hay muchas aproximaciones al respecto, y también mucha confusión, pero lo cierto es que el primer libro ateo se debe a Jean Meslier, que vivió en el cruce de dos siglos de innegable agitación intelectual: nació en 1664 y murió en 1729. A su muerte se encontraron tres copias de un extenso manuscrito (alrededor de mil páginas), en donde desarrolla un pensamiento ateo. No se trata de dudas

fugaces, de insinuaciones sugerentes, de alguna forma de agnosticismo, sino de un texto que anticipando a Nietzsche nos dice “no hay Dios”. Todavía más, un texto que hace una dura crítica al cristianismo, expresando enfáticamente la falta de legitimidad moral de la Iglesia, y la gigantesca impostura que encarna.

Un rasgo llamativo es que se trata de un cura católico, párroco en dos localidades ubicadas al norte de Francia. Cada día, después de sus actividades pastorales, dedica un tiempo a escribir para anunciar por primera vez la muerte de Dios. Sus ideas se divulgan en forma póstuma, y sólo en 1864 se publica en Ámsterdam una versión completa. Mucho después, gracias a la editorial Laetoli, aparece en castellano en 2010 con el título *Memorias contra la religión*.

En su sentido más concreto, se ha puesto en marcha la historia del ateísmo. Terminando el texto se puede leer una magnífica expresión de sensatez: “Que no haya más religión que la de hacer que toda la gente se dedique a ocupaciones honestas y útiles y viva en común pacíficamente, que no haya otra religión que la de amarse los unos a los otros y guardar inviolablemente la paz y la perpetua unión entre todos” (pág. 695).

Caricaturas aparte, entonces, el ateísmo no es un libertinaje desatado, una inmoralidad emboscada, ni meramente una negatividad. A título ejemplar, dos textos pertinentes.

Michel Onfray escribe: “Comprobamos así que un mundo sin Dios no es un mundo sin virtud, sin deberes, sin consideración hacia los demás. Por el contrario, en el terreno de la moral, individual o de la ética colectiva el ateísmo propone un nuevo código cultural y filosófico a favor de una intersubjetividad hedonista y eudemonista. En cambio, un mundo con Dios es más bien un mundo de intolerancia, de fanatismo, de guerras, de crímenes, de hogueras, de inquisición. Con casi dos milenios cristianos la historia da fe de ello... (...) Ahora bien, negar la existencia de Dios no significa negar la existencia de los demás. Es más bien el hecho de creer en Dios lo que exige casi siempre de creer en el hombre. Obsesionados por Dios y la religión, los devotos, los fanáticos y los supersticiosos tiene al hombre por algo desdenable. El ateo, en cambio, se basa en esta riqueza, pues sabe que es única...” (*Los ultras de las Luces*. Barcelona: Anagrama, 2010: 259).

André Comte-Sponville: “Concluyamos con lo más importante, que no es Dios, al menos a mi parecer, ni la religión, ni el ateísmo, sino la vida espiritual. Habrá quien no oculte su extrañeza: ‘¡Usted, un ateo, se interesa por la vida espiritual!’. ¿Y bien? Que no crea en Dios no me impide poseer una espiritualidad ni me dispensa de servirme de ella. (...) Podemos prescindir de la religión, tal como lo he mostrado, pero no de la comunión, ni de la fidelidad ni del amor. Tampoco podemos prescindir de la espiritualidad” (*El alma del ateísmo. Hacia una espiritualidad laica*. Barcelona: Paidós, 2006: 143).

Estos últimos autores se auto nombran como filósofos materialistas y ateos, lo que no les impide reconocer el valor del espíritu, la ética y la moral. Cuestión que Joseph Ramos no está dispuesto a reconocer, y para ello tiene dos poderosas razones.

En primer lugar, porque en un mundo sin Dios es imposible superar el “egoísmo moral” (pág. 155), el “egoísmo ilustrado” (pág. 156); y porque cualquier enfoque moral es vacío sin un sustento divino: “En un universo sin Dios no parece haber ningún ancla ontológica para tal moral objetiva y solo cabría considerarla como otro hecho bruto” (pág. 161). Aquí las cosas se complican, dado que el autor apela a conceptos de especial hondura, pero en lo fundamental el argumento propuesto actúa como una descalificación. Equivale a decir que el tema de la moral está exclusivamente reservado a los creyentes. Sin un piso ontológico, que sólo Dios proporciona, todo se vuelve hojarasca.

En segundo lugar, Joseph Ramos reconoce el materialismo como una doctrina que únicamente ve la materia, los objetos físicos, los campos de fuerza, la energía... nada más: “De ahí que debe rechazarse el postulado del materialismo según el cual el mundo está poblado únicamente por objetos; en él habitan sujetos” (pág. 60). En tal sentido, está fuera de lugar que un materialista se pronuncie sobre asuntos que implican el respeto, la convivencia o el espíritu. Eso es arbitrario, basta observar la historia de la filosofía, las ciencias sociales y las humanidades para advertir que ese materialismo no existe en ninguna parte. Desde Epicuro y hasta Marx, ningún autor serio ha presentado el materialismo de un modo tan rústico.

Al margen de semejante dislate queda todavía un recurso final: “Basta mostrar la existencia del libre albedrío para refutar el materialismo” (pág. 74). Es discutible que Joseph Ramos haya resuelto el tema del libre albedrío, cuestión de largo debate en la filosofía; pero es insostenible además la causalidad sugerida, conforme a la cual una cosa determina la otra.

Las cosas no paran aquí con relación al materialismo. Se cita una frase de Carl Sagan, con el propósito de mostrar que la materia es todo lo que puebla la mente de un materialista: “El cosmos es todo, todo lo que fue, y todo lo jamás habrá” (pág. 23). En efecto esta frase está en el inicio del capítulo primero del libro *Cosmos*, pero hay algunos detalles por considerar.

Primer detalle. Al leer el libro completo es fácil observar que Sagan no sólo es un gran divulgador científico, sino un humanista. El libro *Cosmos* (Barcelona: Planeta, 1982) es realmente una historia del hombre, de sus realizaciones y sus esfuerzos por comprender el mundo en que vive, de perfeccionar su conciencia y construir su libertad: “La ciencia no sólo ha descubierto que el universo tiene una grandeza que inspira vértigo y éxtasis, una grandeza accesible a la comprensión humana, sino también que nosotros formamos parte, en un sentido real y profundo, de este Cosmos; que nacimos de él y que nuestro destino depende íntimamente de él. Los acontecimientos humanos más básicos y las cosas más triviales están conectadas con el universo y sus orígenes” (*Introducción*, pág. XII).

Segundo detalle. Así como Sagan no se enteró de que su materialismo le impedía tener una mirada tan integradora, Joseph Ramos tampoco llegó a enterarse de la increíble riqueza y significados de “cosmos”. Este vocablo proviene del griego y significa universo ordenado. Pitágoras fue el primero en utilizarlo para referirse al mundo circundante, al cual atribuía una perfecta concordancia. Designa la idea de una totalidad de fenómenos naturales y

sociales, que se conciben como un espacio armonioso, en donde cada cosa tiene un lugar necesario y se transforma de acuerdo a leyes constantes, susceptibles de un conocimiento racional. La *polis* griega, comúnmente entendida como “ciudad estado”, era un cosmos social. De esta concepción derivan, a su vez, las ideas de proporción y de medida, como claves para comprender tanto el mundo natural como el social que han jugado un rol determinante en el pensamiento griego.

Las falsificaciones son numerosas, pero una especialmente irritante afecta a Bertrand Russell, filósofo y matemático, activista de los derechos civiles, pacifista convencido y Premio Nobel de Literatura en 1952. Creador del Tribunal Russell, destinado a juzgar crímenes de guerra, en el cual participaron pensadores tan notables como Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir.

Respecto a Dios, Russell oscilo permanentemente entre el agnosticismo y el ateísmo, y nunca afirmó su inexistencia. Por el contrario, siempre fue especialmente cauteloso al respecto: “No pretendo probar que Dios no existe. Igualmente, no puedo probar que Satán es una ficción. El Dios cristiano puede existir; igualmente pueden existir los dioses del Olimpo, del antiguo Egipto o de Babilonia. Pero ninguna de estas hipótesis es más probable que la otra: se encuentran fuera de la región del conocimiento probable y, por tanto, no hay razón para considerar ninguna de ellas” (*Por qué no soy cristiano*. Buenos Aires: Sudamericana, 1971: 57).

Joseph Ramos le atribuye el siguiente párrafo: “Que el ser humano es producto de causas inconscientes y sin propósito; que el origen del ser humano, sus esperanzas y temores, sus amores y creencias se deben al movimiento accidental de átomos; que ninguna pasión, ningún acto de heroísmo, ninguna intensidad de pensamiento o sentimiento pueden sobrevivir a la muerte; que toda la labor de la historia, toda la devoción, inspiración, toda luminosidad del genio humano, todo está destinado a la extinción en la devastadora muerte solar, y que todo lo logrado por el hombre desaparecerá inevitablemente en las ruinas del universo; todo esto es casi seguramente cierto, por lo que toda la filosofía que no lo reconozca está destinada al fracaso. Solo sobre la base de tales verdades, en la firme fundación de una desesperanza total, puede el ser humano construir su vida” (pág. 24).

Materialismo, atomismo, escepticismo, nihilismo, desesperanza, ni más ni menos que un coctel de radicalidad atea. Sin pretender discutir la validez del atomismo ni las complicadísimas implicaciones del nihilismo, saltan aquí nuevamente algunas sospechas. Esta cita está tomada, según el autor, de la versión en inglés del texto citado (*Why I am not Christian*), y traducida de propia mano; pero sin señalar los datos precisos de su ubicación. El gran detalle consiste en que este párrafo no está en el texto de Russell. En la versión en castellano no hay nada parecido a lo que se reproduce. Conviene explicar que el libro en cuestión incluye quince documentos distintos más un apéndice. El primero de ellos es el que da nombre al libro y suele ser el más citado. En este primer trabajo, correspondiente a una conferencia de Russell, de extensión equivalente a unas veinte páginas, no existe nada parecido.

Podría tratarse de algún exceso del traductor o de una mala comprensión. Es posible, pero se pueden tomar otras frases de Russell y compararlas. Veamos. En el prefacio del mismo libro se lee: “El mundo que querría ver sería un mundo libre de la virulencia de las hostilidades de grupo, y capaz de realizar la felicidad para todos mediante la cooperación, en lugar de mediante la lucha. Querría ver un mundo en el cual la educación tienda a la libertad mental en lugar de a encerrar la mente de la juventud en la rígida armadura del dogma. (...) El mundo necesita mentes y corazones abiertos (pág. 15). Luego, en el párrafo final: “Un mundo bueno necesita conocimiento, bondad y valor; no necesita el pesaroso anhelo del pasado, ni el aherrojamiento de la inteligencia libre mediante las palabras proferidas hace mucho por hombres ignorantes. Necesita un criterio sin temor y una inteligencia libre” (pág. 33).

No hay desesperanza en estas frases, sino derechamente una sabiduría que recoge una larga tradición de reciprocidad y respeto que recorre nuestra cultura desde la era axial. Recordemos que la llamaba “regla de oro” de la convivencia, formulada originalmente por Confucio y luego repetida con insistencia, data del siglo V a.C.: “Lo que no quiero que otros me hagan, no deseo hacerlo a otros” (*Analectas*. Madrid: Kailas, 2014: 43). Joseph Ramos no advierte esta grandeza y repite la expresión “desesperanza total” (pág. 215) como manifestación señera de una vulgaridad atea, y con el objeto de reforzar su posición por la vía de rebajar a otros. Claramente esto no hace justicia a Russell.

Al margen del derecho a la crítica que existe en el mundo universitario, convengamos que siempre será difícil hacer plena justicia a un libro extenso en un comentario de pocas páginas. Por cierto, más todavía si la publicación incluye una amplia bibliografía, aun cuando en gran medida no se utiliza directamente. Aun así, resulta evidente que la inclinación al dogmatismo, y en esa dirección a conclusiones antojadizas, lo vuelven un libro académicamente cuestionable.

Complementariamente quiero mencionar que Joseph Ramos desconoce (o bien olvida) que teístas y ateos no siempre han estado en pie de guerra. Entre unos y otros hay notables convergencias, que son verificables en distintos intercambios dialógicos. Puede que estas experiencias sean inusuales, pero importa relevarlas. A título ilustrativo menciono el debate entre Bertrand Russell y el Padre F. C. Copleston S. J., transmitido originalmente por la BBC en 1948 (incluido en el libro citado); y la conversación del filósofo Jürgen Habermas y el teólogo Joseph Ratzinger, posteriormente papa Benedicto XVI, por invitación de la Academia Católica de Baviera en 2004 (*Entre razón y religión*. México D. F.: FCE, 2008). Agrego el magnífico diálogo epistolar entre Umberto Eco y el obispo Carlo María Martini (*En qué creen los que no creen*. Buenos Aires: Planeta, 1999).

También es preciso mencionar que en Chile se han verificado intercambios de gran interés en esta materia. Uno de ellos por iniciativa de la Universidad Diego Portales reunió a diez profesionales de distintas áreas, entre los que se cuentan Abraham Santibáñez, Jorge Eduardo Rivera, Jorge Larraín y Antonio Bentué (*Dios en el mundo de hoy*. Santiago: UDP, 2003); y otro organizado la Corporación de Promoción Universitaria que convocó a

Cristóbal Orrego, Agustín Squella y Jaime Lavados (*El origen de los principios morales*. Santiago: CPU, 2014).

En todos estos encuentros, sin excepción, los elementos de coincidencia y acuerdo fueron mayores que las diferencias insalvables, al tiempo que surgieron sin afectación diferentes concesiones en el plano de las ideas. ¿Esto es curioso? Personalmente no lo creo: el asunto fundamental se sitúa en la aceptación de las diferencias y la diversidad, la crítica sin maquillaje, la correspondiente autocrítica; y, por cierto, la convivencia. En ningún caso, negándole el derecho a cada persona para ubicarse en el mundo como mejor le parece, a condición de comprender que ese mismo mundo está poblado por otros que tienen idéntico derecho.

Desde mi particular perspectiva, un aspecto fundamental del discurso ateo se refiere a la construcción de una espiritualidad laica, cuestión cuya importancia no cabe ignorar.

Finalmente, un gesto de generosidad habría sido incluir, al menos con una mención, a aquellos autores chilenos que han reflexionado propositivamente desde una óptica atea: Juan Rivano (*Religión y darwinismo*. Santiago: Bravo y Allende, 1990); Agustín Squella (*¿Cree usted en Dios? Yo no pero...*. Santiago: Lolita, 2011); Cristóbal Bellolio (*Ateos fuera del closet*. Santiago: Debate, 2014); Alejandro Ramírez (*Epistemología y ateísmo*. Santiago: Bravo y Allende, 2016); Ricardo López (*Ateísmo en perspectiva*. Madrid: Editorial Académica Española, 2020); y más recientemente otro texto de Alejandro Ramírez (*Lógica, existencia y ateísmo*. Santiago: Universitaria, 2022).